

# ANDANZAS POR EL PIRINEO RONCALES

POR ANGEL OLORÓN

Estas andanzas fueron hechas hace varios años, siendo lo más notable de mis actividades montañeras durante aquella época y por ello me he animado a relatar lo que fue esta inolvidable excursión de varios días por la montaña pirenaico-roncalesa.

Aquellas arrogantes cumbres, nuestro albergue en Belagua, y todo el incomparable paraje roncalés, están ya muy distantes; la memoria y las fotografías me acercan a todo aquello ingenuamente, con ilusión casi infantil, y me ayudan a volver a vivir los momentos de la excursión; ascensiones, permanencias en las cúspides de los picachos, ambiente que reinaba en la casona de Pedregón, y otros ratos felices que pasé con los amigos montañeros.

Y digo que fue lo más notable, debido a que en esos días conquistamos varias cimas del sector, siendo dos de ellas nuestros principales objetivos, ya antes de marchar a Roncal.

Ambas cimas son: La Mesa de los Tres Reyes y el Anié, que fueron alcanzadas con gran satisfacción para nosotros.

La primera por ser la máxima altitud —2.434 metros— de la provincia navarra, y la otra, por que es, sin duda alguna, el pico más destacado en elevación, personalidad y bravura que hay en todo el contingente montañoso de Navarra.

Pero antes de continuar creo necesario advertir que el Pico de Anié, con sus 2.504 metros de altura, se encuentra ya en territorio francés, a escasa distancia de la zona fronteriza de Navarra. Por ello, y por tener que caminar unas seis horas por vericuetos montañosos navarros para situarnos al pie de este formidable picacho, nos permitimos considerarle, moral y montañeramente, dentro del contingente orográfico de nuestra provincia, aunque políticamente se halle ya enclavado en la nación francesa.

La Mesa de los Tres Reyes es exactamente la montaña más alta de Navarra, y se eleva en la esquina NE. de la provincia, lindando con Francia y Huesca, y formando parte de las eminencias del sector occidental pirenaico.

Y el Pico de Anié o Ahunemendi, La Montaña del Cabrito, se halla también enclavado en la zona occidental pirenaica, sobre la región de Lescun, siendo una de las más importantes cimas del sector.

Al día siguiente de llegar a Belagua realizamos la ascensión a La Mesa.

Con tiempo muy bueno y adecuado para recorridos de montaña abandonamos el valle temprano, surcándolo primeramente de N. a NE., hasta situarnos al pie de La Pazarra. De junto a la borda de Mariano acometimos la subida al Collado de Herrería, pasando por las rocosidades, cueva y fuente de Anchomarro, el paraje donde suele merodear algún oso, según dicen los templados roncaleses.

## PYRENAICA

Situados en Herrería, por donde pasa el camino al Col de Insolé, continuamos hacia el Este, bordeando los ingratos terrenos de Larra.

Descendimos primeramente a la gran hondonada herbosa de La Solana, surcándola hasta situarnos en el comienzo de la pendiente de Budoguía.

Dicha pendiente tiene un desnivel considerable y prolongado, preliminar de una cresta cimera anterior a La Mesa. Después de remontar Budoguía y coronar su escarpada cumbre, descendimos hasta el collado existente al pie de la mole cimera de nuestro objetivo.

Poco antes, vimos correr y saltar velozmente a un sarrío muy cerca de la cresta, y a los pocos minutos nos sorprendieron los ladridos de un magnífico sabueso francés de caza mayor, que al parecer se hallaba separado de alguna batida por aquellos ingratos terrenos. Se acercó a nosotros jadeante, y acompañados de él finalizamos la subida a la cota máxima de las montañas navarras.

Reinaba la alegría en el grupo al culminar esta anhelada montaña, la primera de la patria chica, y nuestros ánimos estaban rebosantes de optimismo, pues el día era magnífico y la visión que se ofrecía grandiosa, variada y dilatadísima.

Nos cubría un cielo azul maravilloso, en el que se destacaba radiante el astro solar, y sobre Francia se extendía un amplio y sugestivo mar de brumas bajas.

Anié y Petrechema, las colosales cimas vecinas, se alzaban impresionantes de bravura sobre aquellos caos de gris desintegración, ribeteados con los bellos adornos níveos que el invierno dejó para perenne recuerdo. Todo el Pirineo Central se mostraba grandioso, cuajado de picos, agujas, neveros, cresterías erizadas, etc., único y sorprendente en conjunto.

Después de un buen rato de estancia en la cima, contemplando entusiasmados el incomparable panorama, emprendimos el descenso.

*La Venta de Juan Pito en Belagua con Lakartxela al fondo.*

*(Foto Ojanguren)*



## PYRENAICA

Este lo hicimos sin encaramarnos de nuevo a la escarpadura cimera de Budogúfa, y bajando por el borde de su pared Este, es decir, por el canalón que se inicia en el Col d'Ansabere, entre La Mesa y Petrechema, y desemboca también en La Solana. Esta es una ruta aconsejable, incluso para la subida.

Cuando descendíamos observábamos a nuestro sabueso, se hallaba inquieto, caminaba siempre a cierta distancia de nosotros, algunos instantes desaparecía, y cuando creíamos que ya no lo volveríamos a ver, nuevamente se situaba altivo y observador en un peñasco saliente. Y pronto comprendimos el motivo por el que el perro no paraba. De una para otra nos quedamos asombrados al ver cómo más de 40 sarrios, en «fila india», surcaban a una velocidad endiablada una de las orillas de La Solana. Era preciso verlos saltar y correr, ágiles y rápidos, como centellas, mientras el sabueso violaba la paz y el silencio de aquel paraje con impresionantes ladridos, e intentaba darles alcance. Pero los veloces sarrios se internaron en Larra, en sus madrígueras, y fue imposible volver a verlos. Y cuando dejamos a nuestras espaldas la hondonada y Budogúfa, se volvió a unir al grupo el sagaz can.

Por el paso de Herrería descendimos a Belagua, y con el atardecer a una enfilamos hacia nuestro albergue de Pedregón cruzando el valle, mientras el azul purísimo celeste se debilitaba y el paisaje adquiría unas tonalidades finas y coquetonas, por efecto de las luces solares del crepúsculo. Y la noche, recuerdo, era estrellada y fría, y soplaba un violento cierzo procedente del paso de Urdaye. Así concluyó nuestro primer día de correrías.

Los días siguientes efectuamos marchas a Petrechema y al Pico de los Buitres. Eran un compás de espera, hasta que llegaran unos amigos que procedentes de Benasque querían terminar con nosotros su travesía pirenaica del Aneto al Anié.

Felizmente, y de acuerdo con lo previsto, llegaron al valle, dispuestos a alcanzar la cima del coloso Anié, meta de su itinerario. Y el último día de nuestra estancia en Belagua fue el destinado para la ascensión de envergadura. Sin amanecer aún abandonábamos Pedregón nueve montañeros y nuestro compañero el sabueso en cabeza, como de costumbre. Frescura en el ambiente y estrellas en el techo celeste. Primeramente pasamos por la venta de Arraco y luego nos encaramamos hasta las cercanías de la típica borda Juan Pito.

Eran ya las cinco, casi de día, y el valle se hallaba silencioso y sumido en la más absoluta calma. Caminábamos hacia el puerto, rebasando el monte Lácora por sus laderas Sur, y al llegar a la Fuente de Sancho Garde paramos unos minutos a reponer fuerzas. El sol asomaba ya entre Anié y La Mesa, ¡qué distantes aún ambas cimas!, pero todos nos hallábamos optimistas y decididos a internarnos en Larra.

Reanudamos la marcha y nos situamos en el puerto de Erayce, sobre la hoyada de Esquilzarra, próxima a La Pazarra, y a continuación, por la senda más alta de las que bordean una cantera de la ladera Sur del monte Zampori, llegamos al comienzo del ingrato paraje de Larra, en el punto denominado «Las Ateas». Hasta aquí la marcha es por terreno bueno, y se invierten poco más de dos horas, pero precisamente de dicho sitio hasta el Anié ya no hay otro camino (?) que cruzar aquellos laberintos asolados.

Para nosotros, partiendo de Belagua, necesariamente tiene que ser a través del intrincado Larra la marcha de acercamiento al Anié.

Los montañeros franceses tienen que salvar mayor desnivel, pero la ascensión la efectúan más cómodamente, partiendo de Lescun. En el camino se halla el refugio de Labe-



*UNA VISTA DESDE LA MESA DE LOS TRES REYES.*

ruat, y desde éste hasta la cima de Anié existe trazada una estrecha pero inconfundible senda.

Antes de penetrar por «Las Ateas» vimos altivo y colosal nuestro objetivo, pero muy bravío y distante.

Y aún parecía más distante debido a que ante nosotros se iniciaba, para unas cuantas horas, la zona de Larra, aquel prolongado paraje del Pirineo Occidental donde no hay más que una escasísima vegetación, pinos carbonizados, o por lo menos «tocados», por los rayos y chispas de los temporales tormentosos, laberintos de rocas calizas totalmente desnudas, interminables canchales, tremendos murallones, grietas, canalones, algún nevoso, peñascos cortantes como cuchillos, soledad y un silencio aplanador. Es muy duro y desagradable caminar por aquel inhospitalario terreno, de lo peor que se encuentra en Pirineos. Hacen falta, además de facultades, gran voluntad y mucha afición, para recorrer el citado lugar. El Conde de Saint-Saud, uno de los grandes pirineistas, fue tan breve como exacto al describirlo, y dijo: «Larra es la desolación de la desolación.» Por allí no hay caminos, solamente algunos trechos de sendero cuyo trazado, y continuidad, hay que adivinar, con ayuda, en algunos sitios, de unas piedras colocadas en la parte superior de las rocas-márgenes de lo que allí puede considerarse senda.

Nosotros fuimos por Larra bastante bien, y nuestros titubeos fueron muy breves, gracias a algunos datos que teníamos sobre la ruta a seguir, y a que parte del grupo no era la primera vez que recorría aquel caos. Es casi imposible fijar un itinerario al Anié a través de aquellas soledades tan intrincadas. Siempre se ha aconsejado al montañero que marche con un buen guía.

Pero hoy quizá habrá pocos que conozcan Larra bien, si es que aquello puede conocerse, y durante la marcha recordábamos constantemente al bueno de Elías Garde (que

## PYRENAICA

en paz descanse). El sí andaba seguro y confiado, pues no en balde había habitado mucho en aquellos abruptos parajes.

El primer trecho lo salvamos bien, y al llegar frente a una gran rocosidad con tres brechas, nos fuimos hacia ella, cruzándola por medio de la central. Ante nosotros se mostró más próximo el Anié, y delante, a la derecha, la Sierra de Anié-Larra. Remontamos a continuación parte del lomo de la citada sierra y vimos que antes del coloso aún nos quedaba bastante que bregar a través de un terreno cada vez más duro y difícil, y aparentemente intransitable. Ya no había allí ni pinos mutilados, sólo desintegración por doquier, hoyos y cortaduras y ventisqueros. Durante buen rato caminamos por aquellos laberintos sin rastro de senderos, y alcanzamos la base del pico.

Antes, nos asomamos a las abruptas gargantas de Lescun, unos impresionantes cortes hacia el poblado francés.

Al situarnos en la base del Anié teníamos conquistada, moralmente, su cima, pues aunque todavía no la habíamos pisado, ya veíamos claramente que la etapa final era breve y muy sencilla. A distancia se domina perfectamente la senda francesa, procedente de Laberuat, que trepa valientemente hasta la cúspide, y hacia ella subimos para seguir su magnífico trazado y alcanzar felizmente la cumbre del colosal Pico de Anié, con sus 2.504 metros de elevación.

Habíamos invertido seis horas y media de la marcha, y estábamos satisfechos de la conquista del monte «coco» para los montañeros navarros.

Todos llegamos sin novedad, y recuerdo que fue un momento simpático cuando el más veterano del grupo felicitó entusiasmado a todos sus compañeros. Allí estaba también nuestro inseparable compañero, el perro sabueso francés, que no quiso bajar al cercano Lescun, y prefirió retornar a Belagua en nuestra compañía.

El día era magnífico; sol, sin nubes ni nieblas bajas, claridad en el horizonte, y un grandioso panorama hacia los cuatro puntos cardinales. Contemplábamos todo el Pirineo, con su aspecto bravío y majestuoso, repleto de crestas, ibones azulados, picos y cumbres arrogantes, y los pintorescos valles franceses, rebosantes de vegetación y variada y atractiva tonalidad. Todo en conjunto era maravilloso, lo mismo se mostraban ante nosotros las erizadas paredes del Midi y las cimas del gigantón Vignemale, que los montes próximos a Pamplona y al Golfo de Vizcaya, componiendo todo ello un marco grandioso.

En aquella atalaya cimera pasó el rato con excesiva rapidez. Repusimos fuerzas, sacamos algunas fotografías y dedicamos un piadoso recuerdo al difunto Elías y a los montañeros fallecidos.

Después, emprendimos el descenso por la senda francesa. Y de nuevo nos vimos «metidos» en los hoyos de Larra, camino de Erayce, y dando la espalda al formidable Anié que seguía majestuoso, altivo y cuajado de personalidad.

Cuando volvimos a pisar la fina hierba del puerto de Erayce nuestra satisfacción era total, ya nos hallábamos en un terreno agradable, y se había rebasado bien el caos de Larra.

Sin ningún contratiempo llegamos a Pedregón al atardecer, con doce horas de brega en el cuerpo, y muy satisfechos de haber alcanzado el objetivo principal de la excursión.

¡Ilusiones y recuerdos del montañero! Esto es sin duda lo más maravilloso del montañismo, tanto como alcanzar una empinada cúspide o contemplar un bello paisaje. Del monte tenemos que volver, pero los recuerdos y añoranzas que traemos al regreso de la excursión no se borran de la mente.